

La institución y su candidato

MARÍA ESTHER GUZMÁN*

Inicio con una cita de A. Green que alude al tema que nos reúne: “Parte de la crisis en psicoanálisis viene de los psicoanalistas, de la posición que adoptan y del análisis que realizan cuando practican el psicoanálisis”.

Me parece muy importante que tengamos este espacio para pensar sobre la transmisión del psicoanálisis en relación a las problemáticas de la clínica, eje alrededor del cual se organiza la Institución, y que podamos hablar sobre sus consecuencias en el analista, el maestro y el candidato en formación. Por ello, más que realizar un trabajo, presento algunas ideas que nos permitan plantearnos preguntas que puedan dar lugar a un diálogo en torno a lo que sucede en la formación del candidato visto desde el vínculo, que se establece entre candidato y analista, tomando al análisis y a la relación transferencial como punto central de su formación, destacando así la importancia del eje clínico dentro del trípole análisis-teoría-supervisión, desde donde, me parece, estas últimas se nutren, pues recordemos, como ya se ha dicho, que “el analista se hace en el diván”. Para ello me ubico desde el momento en que los analistas decidieron agruparse en asociaciones buscando un espacio seguro en donde poder aprender, formarse y defender el psicoanálisis, y que, como la historia nos relata, no previeron que al institucionalizarlo se corría el riesgo de apagar, de paralizar ese crecimiento en pro del cual se creaba la Institución, ya que paradójicamente esa estructuración e inmovilización que permite que la institución se consolide, también la lleva a colocarse en el lugar del poder, paradoja que también involucra al analista, y que gracias

*María Esther Guzmán
Psicoanalista titular en
función didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara

maesther_guzman@hotmail.com

a Lacan, que vino a denunciar y a poner el acento en esta problemática, se abrió el camino para que pudiera abordarse.

La palabra "institución" hace alusión a un doble significado, instruir e instituir (establece, designa, funda), ubicándola no sólo como proveedora de cultura y conocimientos en vías del desarrollo de pensamiento, sino también como limitante y alienante del mismo; paralelo a esto también nos encontramos con las bondades que la institución ofrece, pues es desde el encuadre que ésta brinda, al normar y reglamentar el ambiente de privación, que se debe observar tanto el análisis como la formación mediante la instalación del tercero, cuidando que la ley se instaure hasta la selección de los contenidos temáticos que el candidato debe recibir, así como el comportamiento y tipo de relación permitida entre sus miembros, que puede darse una relación de respeto que permita un ambiente adecuado para la transmisión del psicoanálisis y una formación al candidato, por lo que creo que no puede haber analista en aislamiento y que siempre hay que estar alerta a la doble vertiente que funda a la institución para evitar que ésta pierda su verdadero sentido.

La institución es necesaria porque permite al candidato reforzar sus defensas contra las ansiedades paranoides y depresivas que le provocan sus exigencias pulsionales, además de darles la oportunidad de sostenerse mutuamente y asumir exigencias y ansiedades a las que la institución lo enfrenta; también es el lugar tanto para el cumplimiento imaginario del deseo como para defenderse del mismo, espacio donde puede medirse con sus compañeros, observar diferencias y nutrirse de ellas, evitando que se refugie en fantasías omnipotentes que le refuercen la idea de autoengendramiento, limitando

así su narcisismo que lo llevaría a creerse completo y a cerrar toda posibilidad de búsqueda y movimiento necesario para el encuentro con la verdad del inconsciente, único objetivo del psicoanálisis. Como vemos, en la institución se pone en juego no sólo la adquisición de conocimientos, sino que también se escenifican los conflictos edípicos dando lugar a envidia, celos, etcétera, que si no se analizan van a complicar el clima necesario para el aprendizaje, generando enfrentamientos y deserciones de sus miembros que, en los casos más extremos como ha sucedido en algunas sociedades psicoanalíticas, llegan hasta a desbaratar la institución. Estas situaciones me hacen pensar que detrás de la apatía que en ocasiones nos lleva a no participar, a no involucrarnos en la dinámica misma de nuestra Asociación, o a aliarnos a la psicopatía de otro compañero, está esa transferencia negativa no analizada, actitudes que al no llevarse al análisis irán generando mayor malestar, incidiendo negativamente en el desarrollo del candidato y en la buena marcha de la institución; por lo que ambos, analista y paciente, tendrán que ver estas situaciones como implícitas al vínculo que están sosteniendo en el análisis, en lugar de pensar que son hechos ajenos a éste.

Otra característica de la institución es que, al organizarse en torno a la relación entre sus integrantes, y al hecho de ellos saberse incluidos y reconocidos por ella, le otorga a ésta un poder respecto al papel que juega en la formación de sus miembros, pudiendo alienarlos en lugar de provocar un pensamiento crítico en ellos; de ahí que tengamos que reconocer que, para que verdaderamente se ejerza el psicoanálisis, debe quedar totalmente ajeno a cualquier forma de satisfacción de nuestro narcisismo.

La formación y práctica del analista dependen también del objetivo e ideal institucional mucho más de lo que creemos, encontrándonos con Instituciones “psicoanalíticas” cuyo objetivo es contrario a la transmisión del psicoanálisis que supuestamente buscan. Si esta dependencia no se reconoce, puede dañar al analista en el ejercicio de su función, ya que no podrá descubrir en su paciente lo que ha cegado en sí mismo, por lo que, como analistas, es muy importante nunca movernos del lugar del analizando, ubicando al psicoanálisis como la búsqueda de la verdad del inconsciente, y sin perder de vista la enorme responsabilidad que jugamos tanto en la formación de los candidatos como en la salud de nuestra institución. Esto nos remite al psicoanalista, quien debe ser un lugar de escucha, permeable a su analizado, pero para que esto suceda tendrá que tener analizado algo de su narcisismo primario, si no, no habrá escucha, sostenida ésta desde su análisis, supervisión y marco teórico.

Sabemos que la docencia y la teoría están ligadas con cuestiones de poder en la institución analítica, lo que implica que la institución creada para salvaguardar el conocimiento lleve en sí misma el peligro de inhibir la investigación clínica e instituir cotos de poder, ya que, al establecerse una jerarquía entre maestros y alumnos, los maestros pueden convertirse en “personajes importantes” a los que los estudiantes intentan agradar; esta posición de poder respecto a sus discípulos puede hacer que el analista se refugie en su narcisismo y deje de comprometerse en la búsqueda del conocimiento, llevándolo a colocarse en el lugar del S.S.S. y pudiendo llegar hasta a adoptar actitudes agresivas hacia sus alumnos y analizados que oculten en nombre de la teoría y la técnica,

que nada tienen que ver con una verdadera transmisión. Para no caer en esto, la institución debe reconocer que representa a la ley pero no lo es, y obedecerla en lugar de caer en el incesto, atrapando a sus miembros para aumentar su poder; ley que implica a todos sus integrantes, quienes tendrán que evitar ceder al deseo y seguridad que ofrece el someterse y completarse con los mandatos institucionales en lugar de esforzarse en tener un pensamiento propio.

Un requisito indispensable para la transmisión del psicoanálisis exige que la enseñanza se centre en la transferencia y en el trabajo sobre las resistencias, tomando en cuenta los efectos inconscientes y el horror que pueden generarse con temas que constantemente nos enfrentan a la castración, la sexualidad y a la muerte, por lo que debemos intentar descubrir estos efectos a la manera que se descubre el inconsciente y atendiendo a todo lo que se asocie con un conflicto transferencial, tarea que se realiza regresando permanentemente a la posición de analizado, lugar desde el cual podemos abrirnos a la creatividad y conectarnos con el inconsciente.

La experiencia analítica sólo puede darse de una situación común a analizado y analista, la toma de conciencia de las resistencias inherentes al deseo de saber de ambos, lo que nos remite de nuevo al análisis personal, por lo que el conocimiento que el analizado espera del Otro, puede ser obtenido únicamente en el drama transferencial, lo que coloca el análisis como eje de la formación. Solamente así, el analizado, al convertirse en analista, hará que su analizado acceda al inconsciente, transmitiéndose el conocimiento sin que se comunique, más allá de la palabra; esta transmisión no se da cuando los candida-

tos están más interesados en convertirse en analistas ideales que en “curar” sus síntomas, poniendo el acento en la satisfacción narcisista de ser analistas y no en el análisis personal, tomando éste como un examen o requisito a aprobar y olvidándose de la esencia del psicoanálisis, obteniendo cualquier posibilidad de proceso al reforzar las defensas del Yo, peligro al que siempre tiene que estar alerta el analista y que podrá percibir siempre y cuando no comparta los mismos ideales narcisistas de su analizado.

Recordemos que Freud mostró que las instancias ideales de la persona se constituyen por identificación con el objeto idealizado, lo que nos lleva nuevamente a poner el énfasis en la figura del maestro o analista, y en lo necesario de su castración, ya que al ejercer su función como analista encarna el análisis, y por ello pasa a ser para el analizado un modelo identificatorio del que difícilmente puede desprenderse; solo así podrá evitar que su interés como maestro o analista se desvíe a la búsqueda de reconocimiento y éxito personal a través de buscar que su paciente, “candidato en formación”, se “cure”, y con ello ser reconocido como buen analista, aliándose a las resistencias de éste, en lugar de atravesarlas en búsqueda del inconsciente, por lo que el análisis ya no puede ser terapéutico, y mucho menos se reconocerán y analizarán las fantasías de omnipotencia que subsisten en el deseo de ser analista, pudiendo llevar todo esto a conflictos y actuaciones transferenciales desplazadas a la institución, que nos muestra que lo que se descuidó en el análisis del candidato tiene que ver con lo no analizado en su analista y que se actúa fuera de la relación analítica. Me pregunto: ¿qué tan bien tendremos analizado nuestro narcisismo como para poder

reconocer detrás de nuestra figura como docentes ese deseo oculto de satisfacernos con el candidato, que da lugar a actitudes y actuaciones perversas por parte de éste, que resuenan en la institución? De no ser así, participaremos en la misma perversión al coludirnos con el transgresor satisfaciendo, a través de éste, nuestro odio a la institución, en lugar de asumir el compromiso que tenemos como representantes y protectores de la ley.

Por otro lado, me surge la interrogante: ¿por qué un excelente estudiante de psicoanálisis, a la hora de tomar su función analítica, no logra hacerlo? ¿Estará esto relacionado con este narcisismo no analizado; con estos baluartes que se establecen entre analista y analizado? Me hace pensar en lo que Piera A. menciona al respecto: el paciente siempre juega un papel importante en su enfermedad, trasladando esto a la relación con el candidato; éste también tiene una importante participación en ese baluarte, ya que al quedar instituido dentro de la formación el análisis didáctico, como requisito dentro del trípode que incluye supervisión y teoría, se corre el peligro de que éste se tome sólo como medio para lograr un título y no como la necesidad de atender los conflictos personales y reconocer la patología propia, lo que marca una diferencia radical en los resultados entre devenir analista o ser un técnico en la aplicación del psicoanálisis; para evitar esto es necesario permitirse ser loco en el análisis, en lugar de jugar a “ser normal”, arriesgándose a enfrentar la incertidumbre y a la fantasía de ser expulsado del instituto de psicoanálisis.

Las crisis del psicoanálisis se dan al nivel de los didactas y supervisores, a quienes el análisis del candidato puede aportar una promoción, lo que influye en

la transferencia del analista sobre el candidato, pudiendo llevar a que el analizado vea a su analista como el padre idealizado y el analista a su paciente como al hijo deseado que con su desempeño evidenciará lo maravilloso que es, siendo ésta otra de las formas diversas de colusiones narcisistas que se dan entre analistas y alumnos, a las que hay que estar alerta siempre y que ponen nuevamente el acento en la figura del analista.

Es importante llevar al analizando a asumir una postura crítica; del lado de la institución, es necesario mantener puntos de referencia estrictos para validar el recorrido presentado por el candidato, enfatizando que se trata de una formación y no de seguir un modelo; en la primera "idealmente" se intenta quitar toda identificación con el analista y todo superyó institucional para propiciar un encuentro del ser con lo verdadero (Manonni), en lugar de hacer del paciente una propiedad personal. Creo que todos, en algún momento de nuestra práctica analítica, nos hemos enfrentado con "analistas" que preservan un contrato a pesar de que ya no hay proceso analítico o, peor aún, ¡nunca hubo!

Sabemos que el desempeño y asunción de la función analítica, más allá de tener que ver con la acumulación de teorías, vendrá por el lado de posicionarse como analista, para lo cual también es necesario que el candidato haya analizado su relación con la institución ante la conflictiva de continuar un lugar de alumno y su deseo de superar a su maestro-analista, así como la culpa que esto le representa, situación que se dará si el analista se mueve de la posición de analista ideal, aceptando la pérdida, para que su paciente pueda hacer el duelo sin sentirse obligado a

adoptar la forma de pensar de su analista o a continuar como su alumno; este deseo tendría que surgir en el nuevo analista como algo propio y no como una forma de continuar simbiotizado a su analista, ante lo cual se paralizaría el campo analítico y se cerraría la apertura al inconsciente. Al finalizar el análisis, el analizado tendrá que haber resuelto el conflicto entre el deseo de ser original y la proyección de sentimientos persecutorios en la institución ante este deseo; a su vez, el analista debe saber que él es parte activa en el fantasma de fin de análisis de su analizado.

Vemos, pues, que la formación del candidato, así como la función analítica, se ven constantemente amenazadas por una serie de peligros que sólo pueden ser sorteados sosteniéndose en la pasión que analista y analizado sientan por esta imposible y atractiva profesión que exige del analista su borramiento, la desabrochadura del Yo, el trabajo en abstinencia, el olvido de teorías que lo defienden, el abandono de la espacialidad y temporalidad, el encuentro tan temido con la pulsión, etcétera, que hace que nuestra persistencia en esta profesión sólo se comprenda desde esa pasión por el deseo de saber y esa sensación mágica que produce el encuentro con el inconsciente.

Para concluir, hay que recordar que la noción de formación que sostiene la vida analítica remite a continuar con reanálisis periódicos en los que se pueda cuestionar lo vivido en su anterior análisis, lo que también beneficia al analista al mantener siempre la interrogante; por su parte, la institución debe evitar ofrecer certezas para que la incertidumbre y el deseo permanezcan en movimiento y se mantenga vivo el deseo de saber.